

torio importante de mitos y leyendas acompañado con hermosas ilustraciones que no tienen otro fin que servir como auxiliar en la enseñanza para contribuir al conocimiento de la identidad de Bogotá, el distrito capital y los pueblos de la sabana.

Así, encontramos mitos de los dioses tutelares y personificaciones de las fuerzas naturales que gobiernan la vida de los pueblos y los campos, según las creencias y tradiciones de los muisca. Dioses como Chiminigagua, el ser supremo, Suha (sol) y Chía (luna) o Bachué (la madre del pueblo chibcha), surgidos de la oscuridad del espacio y del infinito que difundieron la luz por todo el universo, con sus ritos de adoración en templos de Guatavita, Bacatá, Guachetá y Sogamoso, o "Roma de los chibchas". El mito de la luna, relacionada con la fecundidad y fertilidad de la tierra, muy ligada al matriarcado que se reflejó en la organización social chibcha, que seguía una estricta línea matrilineal en la sucesión del cacicato. Y el de la "Madre Tierra" representada en Bachué como la gestora de los hombres, que se casó con su hijo para poblar la tierra y que aparece entre los indios de los cacicatos del zipa de Bacatá, del zaque de Tunja, y es común en los pueblos americanos.

Otros explican la conformación del paisaje orográfico; así el del salto de Tequendama, hecho por Chibchacum, dios protector, y representante de las actividades de la vida diaria y comercial, que, al ver la degeneración de su pueblo, mandó un espantoso diluvio que inundó la sabana para luego, una vez restablecido el orden, arrojar una vara de oro que abrió las peñas por donde ahora pasa el río con su caída de agua.

Las leyendas son relatos fantásticos apoyados generalmente en la historia, con hechos mágicos asombrosos, ricos en contenidos simbólicos y transmitidos por tradición, cuyos personajes tienen un carácter más bien heroico. Así encontramos algunas protagonizadas por indígenas que escondían sus tesoros de los conquistadores ávidos de riquezas, como El Dorado en la cordillera de

los Chíos, o de las esmeraldas de Muzo, o de muchos otros tesoros de zipas y zaques, como el venado de oro, enterrado en alguna cueva de los cerros de Santafé de Bogotá.



Durante la Colonia y la República, se tejieron historias en torno a personalidades destacadas de la vida social, como el gobernador del Nuevo Reino de Granada Francisco Sande (el "Doctor Sangre"), quien al ser acusado de soborno por el visitador Andrés Salierna, en los llamados "Juicios de residencia", se sintió herido en su dignidad, y lo citó para dentro de nueve días ante el Tribunal de Dios, lo cual se cumplió con exactitud. Otras son de tipo moralizante, como la de la mujer soberbia que, al considerar que su cabellera no igualaba a la de la Virgen de las Aguas, sus cabellos se trocaron en serpientes que brotaban de su cabeza, como la Medusa griega, en escena diabólica, inmortalizada por un pintor y exhibida durante mucho tiempo en la iglesia del nombre de la Virgen. O las relacionadas con brujas y espantos, como las de Juana García, el virrey Solís, El Espeluco de las Aguas, el Faro del Puente de

Lesmes, el Diablo en el Puente del Común, además de los misterios de Monserrate y Guadalupe.

Pero también los lugares y fenómenos naturales generaron leyendas. Así el ruido subterráneo que se sintió el nueve de marzo de 1687, más recio que el estallido de un cañón o el trueno inmenso, cuyo olor a azufre era señal sobrenatural de la presencia del demonio. De allí proviene la costumbre de descubrir en las iglesias el Santísimo Sacramento en esa fecha hasta la hora en que ocurrió el ruido. Y muchos sitios de peregrinación existen gracias a ellas, como el de la Virgen del Campo, patrona de Santafé de Bogotá, la de Nuestra Señora de la Peña, el Niño Dios del Veinte de Julio y otras devociones religiosas. También aquellas relacionadas con sitios de valor histórico y cultural, como los fantasmas y espantos de haciendas de la sabana como la de Yerbabuena, en la que hoy funciona el Instituto Caro y Cuervo, templo de la lengua y las letras, y demás casas y calles bogotanas.

En fin, es un libro didáctico que informa sobre la existencia de estas importantes narraciones orales que, en versión literaria, permiten esclarecer y fortalecer este aspecto de la mentalidad colectiva de los bogotanos para reafirmar su propia identidad cultural y defenderse de los efectos negativos de un mundo globalizado.

NELLY ROCÍO
AMAYA MÉNDEZ

Sobre la arena mojada

Tertulias musicales del Caribe colombiano

Mariano Candela (compilador)
Fondo de Publicaciones de la
Universidad del Atlántico,
Barranquilla, 1998, 2 vols.

Estos libros son el resultado de un convenio entre la Universidad del Atlántico y la Caja de Compensa-

ción Familiar (Comfamiliar) del Atlántico, a través de su Centro Cultural, asociados para crear el Centro de Documentación Musical del Río Magdalena y el Caribe Colombiano. Dentro de esta perspectiva se programaron una serie de eventos sobre la música costeña de tiempos pasados a cargo de algunos de sus principales protagonistas, generalmente con intervención de un público amplio conformado por músicos y melómanos; el ambiente, más que académico, era fresco, el tono informal a veces festivo y el formato variado: a veces, muy pocas, se trataba de una conferencia con expositor central, a veces era una mesa redonda y usualmente era una conversación animada con múltiples voces. Los textos de estos eventos se publicaron en dos volúmenes compilados por Mariano Candela, picotero de los buenos tiempos del Goce Pagano y coordinador del Centro de Documentación Musical ya mencionado. En términos generales, se puede decir que aportan materiales de apoyo para el investigador, datos y perspectivas útiles para la elaboración científica.

Aníbal Cotes, de la Asociación de Coleccionistas de Música Afrocaribe de la Costa, quien ha hecho un proyecto de vida de su admiración por la canción. Su intervención contiene muchos datos históricos sobre los intérpretes originales y las distintas versiones de este número, todo un clásico con sabor a diciembre y vientos alisios. La segunda tertulia está dedicada a *Te olvidé*, de Antonio María Peñaloza, una especie de conversación de puertas abiertas donde, como plato fuerte, participa un testigo de excepción de la historia de la música costeña como el veterano empresario disquero Curro Fuentes. Siendo menos ordenada que la anterior, esta tertulia es más interesante por lo sugestivo de muchas cosas que se dijeron, como cuando Curro esclareció de una vez por todas el intrigante asunto de la grabación del número en una sola toma, tradicionalmente atribuida a que no tenía plata para otra toma: “[El maestro Peñaloza] me presentó la música, a mí me gustó mucho, pero yo no le demostré que me había gustado. Dije: si el maestro se da cuenta que me ha gustado bastante

una obra no muy extensa pero sí muy significativa en su intento de darle proyección antillana a la música costeña. Y sus apuntes biográficos contienen elementos de interés para la historia regional, el estudio del Carnaval y los métodos de composición de músicos populares. Rafael Mejía, cultor de boleros y música del interior, fue el tema de otra tertulia. Se destaca aquí la información sobre la presencia de vales, pasillos y bambucos entre los serenateros de Barranquilla en decenios pasados; también las anécdotas sobre el origen de sus composiciones (*Paisaje, Despierta, corazón, Cumbia sobre el mar, Ay que rico merecumbé*) y las reminiscencias en torno al viejo Chop Suey, restaurante chino de Barranquilla ya desaparecido donde cantaron alguna vez los grandes del Caribe. Este volumen se cierra con la tertulia de José María Peñaranda, el legendario juglar de la picaresca costeña cuya biografía nada tiene que envidiarle a la gracia de sus canciones.

El segundo volumen presenta una tertulia que no es sobre música costeña sino cubana: una conversación con el gran poeta y bolerista cubano César Portillo de la Luz, integrante del filin y autor de *Contigo en la distancia*, lo cual se justifica porque no todos los días aparece alguien así por Barranquilla. Hay un repaso por la trova de guitarra y serenata que evidencia el buen nivel de reflexión de Portillo, lógico si se tiene en cuenta que su grupo del filin tenía características de bohemia literaria; es decir, era un grupo intelectual. Rafael Campo Miranda (*Entre palmeras, Lamento náufrago, Playa, brisa y mar, Nube viajera, Pájaro amarillo*) tiene inclinaciones literarias y, por ello, la ventaja de llevar un diario escrito con franqueza y guardado bajo llave en lugar inaccesible para su señora, salvándose así gran parte de sus recuerdos. Esto determinó una tertulia fluida y precisa conversando en torno al origen de sus canciones, siempre referidas a vivencias propias o ajenas y siempre ligadas al tema amoroso; cabe destacar su artesanía intelectual visible en el in-



Las contribuciones del primer volumen de *Tertulias musicales del Caribe colombiano* están centradas en figuras individuales de los buenos tiempos de la música costeña: Adolfo Echeverría, Antonio María Peñaloza, Esther Forero, Rafael Mejía y José María Peñaranda. La primera tertulia, al menos en orden de edición, más que sobre Adolfo Echeverría fue sobre *Las cuatro fiestas*, célebre tema de su inspiración, y la exposición central estuvo a cargo de

va a cobrar en dólares... No quise repetirlo porque quedó tan bien, que yo sabía que no iba a quedar igual, prefería sacrificar cualquier errorcito... pero que quedara con bastante alegría, con bastante entusiasmo”. Explicablemente, el homenaje a Esther Forero contiene, dado su nivel intelectual, páginas que permiten asomarse a temas de investigación bien sugestivos. Sus contactos con grandes intelectuales y músicos del Caribe sirvieron para alimentar

mortal porro *Lamento náufrago*, inspirado y su letra prácticamente calcada de una carta de despedida escrita por una antigua amante que estaba de vacaciones en el Puerto Colombia de los años cuarenta y retornaba con un esposo que vivía en tierras lejanas (casi se podría decir que la autora de la letra es ella, no él). En un estilo más coloquial que académico, de más periódico y crónica que teoría y ciencia, y gracias a la riqueza de su experiencia vivida y de su producción de teatro ligero, Alfredo de la Espriella Zabaraín, cienaguero, es una de las más importantes memorias típicas de Barranquilla. Su tertulia sobre los salones burreros, escenarios de música popular en las fiestas del ayer, presenta la ventaja, sobre otros trabajos suyos, de contar con una información más organizada y por tanto susceptible de prestar un buen servicio para orientar el trabajo de los futuros investigadores del Carnaval de Barranquilla. La narración, muy fresca y costeña, es un buen compendio de la visión que las elites locales tienen de esas fiestas con sus referencias a los clubes sociales, a ese paradigma de la mujer elitista barranquillera que es la reina del Carnaval, a los grandes señores de otros tiempos, a los eventos que desde esa perspectiva se consideran hitos de paganismo criollo, incluso eventos populares asimilados por las elites dentro de esa democracia aluvional y arenosa. Otra tertulia ligada al Carnaval, más telúrica esta vez, estuvo protagonizada por algunas de las danzas tradicionales más importantes que tiene el Carnaval como son El Torito y El Perro Negro, y se refiere a la música que acompaña a las danzas tradicionales y al hecho, fuera de serie, de que en tiempos pasados cada danza tenía su música propia (ritmos y cantos); las precisiones que se hacen sobre los distintos toques le confiere a esta tertulia un interés muy especial. El soledadense Pacho Galán mereció una interesante tertulia centrada en su inmortal *Cosita linda*, el merecumbé de todos los tiempos; tocaba con la orquesta de Ramón Ropaín y se grabó como

porro en Sonolux de Medellín y volviéndose a grabar en Discos Tropical de Barranquilla con su propia orquesta, la vocalización de Emilia Valencia y el marco rítmico del baterista Pompilio Rodríguez, quien diseñó el golpe de percusión característico del merecumbé. En esta y tantas otras piezas se destaca su capacidad de arreglista, su generosidad de genio de pueblo y la exigencia impuesta en las grabaciones representada en aquella frase lapidaria: "La madre para el que se equivoque". El tema del jazz latino dio lugar a un intercambio más o menos formal que abarcó intervenciones y audiciones de diversos intérpretes colombianos del jazz latino; sorprende encontrar que a pesar de escucharse *La cumbiamba* de Jay Rodríguez, por iniciativa de Laurian Puerta, no exista un suficiente reconocimiento de la obra de este saxofonista barranquillero radicado en Nueva York que tal vez sea el único músico de ligas mayores que tenga el país. Termina el volumen con la tertulia dedicada a dos autores importantes: Julián Pérez Carvajalino, de *Cuando se acaban las velas* y Barquito de papel, y Efraín Orozco, de *El mochilón*.

ADOLFO GONZÁLEZ
HENRÍQUEZ
Departamento de Sociología,
Universidad del Atlántico

Un libro excelente

Música, raza y nación

Peter Wade

Vicepresidencia de la República,
Bogotá, 2002, 429 págs., il.

Decadencia de la música andina colombiana y ascenso irresistible de la cultura popular costeña

Hay algo que podemos decir de entrada: estamos, en mi opinión, ante el mejor libro sobre música popular colombiana —el más documentado, el más inteligente, el más profun-

do— que se ha publicado hasta hoy. Su autor es Peter Wade, antropólogo británico y profesor de la Universidad de Manchester (Inglaterra), aunque la edición original (*Music, Race and Nation: Música Tropical in Colombia*) se publicó en Estados Unidos en la editorial de la Universidad de Chicago.



Curiosamente, Wade no llega a la música a través de la antropología; el fenómeno es quizá el inverso. Si bien realizó su primera visita a Colombia cuando ya era estudiante de esta disciplina, hace veintiún años, en un prefacio muy personal confiesa que desde entonces, cuando vivió en Cartagena doce meses, "le tomé el gusto al baile de la salsa"; más tarde, al adelantar su primer trabajo de campo en Urabá, "la música y el baile se constituyeron en parte importante de mi trabajo y de vida". La relación de Wade con Colombia ha tenido tanto de vital como de científico: en Cartagena fue mesero, cocinero y profesor de inglés. Más tarde viajó por todo el país, residió un tiempo en Cali, estudió con especial atención la población negra colombiana, publicó en Londres en 1993 un trabajo al respecto (tradu-